

BIALIK Y LA BIBLIA

Si, como afirmó con frase rotunda y exacta Donoso Cortés en su famoso discurso de ingreso en la R. Academia sobre la Biblia, o más bien sobre su insondable contenido poético, a ese hontanar celestial “han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo”, con mayor razón aún diremos que todos los poetas hebreos, y sobre todo los más ilustres, no pocos de ellos también occidentales, desde hace treinta siglos se han inspirado largamente en ese Libro inmortal, que es historia, código, filosofía, epopeya, himnario, doctrinal del pueblo de Israel y, sobre todo, mensaje divino, en la realización de sus creaciones literarias. Sin temor a equivocación puede afirmarse que no ha habido —y aun nos atreveríamos a añadir no habrá ni puede haber mientras ese “pueblo inmortal” subsista— uno solo, entre los miles y miles de poetas que ha producido, en cuyos poemas no palpite de algún modo la *š^ekināⁿ*, en este caso “divina presencia” de la Biblia y en cuyos versos no se escuchen los ecos inconfundibles de esa *bat qôl*, voz divina, misteriosa resonancia, sobrenatural revelación que irradia el Libro de los libros.

Partiendo de esta realidad, evidente hasta en una lectura superficial de la obra poética de esos vates, mucho más si se

puede ahondar en su contenido, ¿cómo podría faltar ese factor primordial de inspiración en quien ha sido considerado justamente no ya sólo como el más excelso de los poetas hebreos contemporáneos, sino voz poderosa del genio de su pueblo y eco resonante de los antiguos oráculos proféticos y del tesoro poético de la Biblia? Un estudio completo del tema que titula el presente fugaz apunte, poco más que simple indicación de un vasto y seductor panorama, llenaría todo un abultado volumen con las referencias y consideraciones pertinentes ¹.

La advertencia es necesaria para que el lector conozca a ciencia cierta la magnitud que alcanza esa fuente de inspiración en el gran poeta hebreo, cuyo numen genial supo extraer su néctar más exquisito, sus melodías más sonoras, su estro arrebatador, de las flores y sutiles armonías que bullen por el ámbito de los bíblicos pensiles.

Conviene recordar que ese influjo bíblico en los poetas judíos no se reduce a simples citas explícitas o implícitas, que eventualmente puedan tomar del texto escriturario, como cualquier escritor u orador, sino que generalmente cala hasta mucho mayor hondura en la entraña de sus poemas, llegando a formar a veces un entramado tan denso e íntimo entre el verbo del poeta y esos textos, que viene a ser aquél como la urdimbre en que éstos van recamados. Con razón se ha comparado esas composiciones a un trabajo de taracea. En realidad la unión y compenetración entre ambos elementos integrantes es mucho mayor y más profunda que en las labores de ese tipo, e incluso del símil anterior, dado que la substancia bíblica es en tales casos el fermento catalizador, más aún, el *alma* de esa poesía. Tal característica es particularmente notable en los poetas hebraicoespañoles del Medievo, tan estimados y estudiados por Bialik, cuyos procedimientos de estilo y composición a menudo imitó. Esta categoría preeminente de la profunda influencia bíblica, ecuménica en su proyección, es otro mérito más que añadir a los valores universales reconocidos en la poesía del inmortal escritor.

¹ Entre la Bibliografía sobre Bialik, tema de otro artículo inserto en el presente número, figura una obra *en hebreo*, sobre este mismo asunto, que no hemos podido consultar.

De San Agustín se ha hecho notar que aun cuando no haya escrito ninguna obra de materia específicamente filosófica, fue realmente un gran filósofo, y como tal es considerado, por el enorme caudal de esa ciencia de las ciencias que vivifica sus obras. Análogamente podríamos decir también que Bialik, aunque no compuso ningún poema de asunto estricta y meramente escriturario, fue un grande y auténtico vate bíblico, por semejante razón. Conocía perfectamente la Biblia hebrea, *mē-’ālef wē-’ad tāw*, “desde el principio hasta el fin”, y en sus composiciones brillan, como estrellas en el firmamento, infinitas referencias, unas claramente explícitas, aunque en menor número, y otras, implícitas; más todavía, diríase están impregnadas todas ellas de un espíritu sutil, etéreo, penetrante, que viene del Edén bíblico.

Ante esa aparente anomalía, podríamos preguntarnos por qué no eligió ex profeso temas bíblicos, entre el infinito piélago de las Sagradas Escrituras, cuando incluso tantos títulos, marcadamente tales, rotulan no pocas de sus poesías. A nuestro juicio, la razón es clara, y nos ofrece al propio tiempo una faceta prominente del personaje que estudiamos. Bialik, poeta genial en tantos aspectos, ponía en todas sus creaciones, tanto poéticas como prosísticas, la marca personalísima de su originalidad, su propia aportación, como la abeja transubstancia en sabrosa miel los jugos libados en toda clase de flores, aun las más amargas. En el orden literario hay que reconocer que tal proceso es privilegio exclusivo de los grandes poetas que, refiriéndonos a nuestro caso, sean al par peritísimos escriturarios; tal, p. e. Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Lope de Vega y tantos genios más de la Poesía.

Muchos poetas, como hemos dicho, y otros artistas igualmente, sobre todo pintores, escultores también y músicos eminentes, se inspiraron en el *Séfer ha-’sfārîm*, tomando de él mies copiosa y floridos ramilletes para alimentar su espíritu creador y embellecer sus poemas y sus múltiples creaciones. Bialik, al igual que los mencionados poetas y tantos genios más, se han *transfigurado*, no ya solamente inspirado, por efecto del vino generoso y sabrosos frutos de los viñedos y manzanares bíblicos

(cfr Cnt), de los apetitosos jugos de esa bendita tierra espiritual, que fluye leche y miel, la divina Escritura.

Tres categorías podríamos distinguir en los poemas bialikianos respecto a la influencia bíblica que en ellos se aprecia y es su más valioso florón: a) los que llevan *título* notoriamente bíblico, con toda la carga correspondiente de ideas y sentimientos, aun cuando aparezcan como transformados, y alguna vez incluso en sentido “adaptado” y hasta “acomodaticio”, tolerados, dentro de ciertos límites, tanto en la homilética judaica como en la cristiana, a través del alma fecunda del poeta; b) los de tema concretamente bíblico, con la adaptación caleidoscópica realizada en el proceso creador, conforme dejamos dicho anteriormente; c) las infinitas resonancias bíblicas que, en acordado concierto, como una inmensa orquesta, repiten sus ecos por todo el ámbito de la poesía bialikiana.

En grupo aparte debe figurar también, con enorme riqueza de contenido, y siempre con la matización personal del autor, la floresta bíblica del *Séfer ha-'aggādā*^b, las bellísimas leyendas talmúdicas y midrášicas en las que Bialik se muestra tan exquisito poeta como en sus composiciones líricas.

Notemos asimismo, para la más justa valoración de esas citas y referencias escriturarias, que por razón de su variable amplitud, rigurosa literalidad o estricta sujeción al texto original, podría establecerse una distinción o escala, que, por no diluir excesivamente el análisis en una gama interminable, bastaría limitar a tres grados o cuatro, a lo sumo, en orden de mayor a menor, en relación con la exacta reproducción, máxima o mínima aproximación al texto escriturario.

a) El título de un poema u otra cualquier obra literaria, al igual que el nombre de personas, animales, entidades o cosas, encierra notoria importancia y ofrece múltiples aspectos dignos de estudio. Numerosas son las composiciones poéticas de Bialik, quizá un veinte por ciento, que llevan epígrafe netamente bíblico, alguna vez ligeramente modificado, pero reconocible con claridad. Esta particularidad, que parece detalle secundario, máxime si recordamos tantos títulos escriturarios que prestigian libros de todas clases en la literatura hebrea medieval y posterior, y que en ocasiones poco o nada nos revelan respecto a la indo-

le de su contenido, v. gr. *Bét Yosef*, “La Casa de José”, o *šulhān ʿārūk*, “La mesa preparada”, códigos mayor y menor, respectivamente, de José Caro, tratándose de un poeta tan exquisito como el que nos ocupa no deja de tener su importancia. Estos títulos son como la atmósfera en que se desarrollan los poemas que los ostentan, y, por lo tanto, ayudan a concentrar la atención en el punto focal del tema desarrollado. Otras veces el epígrafe se reduce a la primera o primeras palabras de la composición; pero aun en este caso, tienen cierta reminiscencia, puesto que sabido es hay numerosos libros del A. Testamento, sobre todo el Pentateuco, que no llevan otro título en el texto masorético sino la palabra inicial respectiva (o bien dos, o una de las primeras, que sea más destacada).

La importancia del encabezamiento de un libro se destaca en Sal 39⁸ de la versión griega y la Vulgata (“*in cāpite libri*”; en el TM varía ligeramente y tal vez esa frase, según Kittel, haya sido añadida), y los doctores judíos —no digamos un Bialik— supieron apreciar en todo su valor el realce de los títulos de los diferentes libros del canon escriturario.

b) Dentro de la falta de temas “bíblicamente puros”, que hemos apuntado en la producción bialikiana, y con las salvedades indicadas, podrían citarse algunas composiciones que son sencillamente una glosa a determinado pasaje escriturario, aun cuando esté subyacente alguna moraleja o intención del poeta, aspecto, por otra parte, admitido en la Homilética bíblica. De este tipo son las tres primeras que a continuación citamos, por vía de ejemplo:

Hôzēh, lēk, beraḥ, “Vete, vidente, huye”, cuyos 16 versos, repartidos en tetrásticos, parafrasean el pasaje de Amós 7¹²ss. De análoga factura y orientación es la titulada *ʿAkēn ḥašir ha-ʿam*, “El pueblo es como una hierba”, glosa del magnífico pasaje de Isaías 40⁶⁻⁸ sobre lo deleznable y triste de la vida humana, aplicado en este caso al “pueblo agotado, agobiado hasta el extremo”, “vilipendado, colmado de aprobio y mísero”. La titulada *Mētē midbār ha-ʿaharônîm*, “Los últimos muertos del desierto”, es un diorama terrorífico, en pareados, que avanzan como un batallón en columna cerrada donde aparecen, tras los espectros de aquellos israelitas cuyos huesos quedaron en el desierto,

los “seiscientos mil” fugitivos de Egipto, que recuerda el poeta, otros cadáveres semovientes de tantos judíos del siglo XX, indecisos ante las voces electrizantes de nuevos líderes, como los bíblicos Moisés y Josué...

La delicada composición *Haknîsînî taḥat k^enāfēk*, “Acógeme bajo tu(s) ala(s)” (cfr Sal 17^s, 91^a, Dt 32¹¹) es un verdadero madrigal dedicado a la amada, en el que se funde el amor humano, espiritualizado, “de alto nivel”, con remembranzas bíblicas de la protección de Dios, que se presenta en la Sda. Escritura bajo los símiles de padre, madre y esposo amante, así como del ave que protege bajo sus alas a sus tiernos polluelos. Entra, pues, de lleno en el estilo “acomodado”, que los más puritanos escrituristas o teólogos desaconsejan, pero que en casos como éste no puede censurarse por la noble elevación con que la referencia es tratada. Lo propio decimos de la titulada *Qûmî, s^e’î (’ahôti kal-lā^h)*, “Ven, sal” (hermana mía, esposa) (Cnt 4^o), en ocho sextinas, rebotante de dulzura, delicadeza, ternura sentimental, auras primaverales, flores y demás cortejo de la Naturaleza, “bajo los cielos de nuestro Dios”.

c) En cuanto a referencias bíblicas diluidas en el ancho mar de la poesía bialikiana, en la forma susodicha, son innumerables. En la copiosa y densa producción del gran vate hebreo —sin llegar al exceso, pues seguramente no suma una miriada, aun computando el gran poema en prosa “El rollo del fuego”—, casi podríamos afirmar no hay una sola composición en la que de una u otra forma, en mayor o menos grado, no palpite el espíritu bíblico. Al perfecto conocedor de la variada literatura veterotestamentaria esas irradiaciones o destellos se manifiestan con neta claridad; pero a un lector ordinario, aun no siendo totalmente profano en esa ciencia, e incluso a un escriturista de grado medio, máxime si no le es dable adentrarse en la selva luminosa, para él oscura, de la *hebraica véritas*, muchísimas de esas referencias subyacentes, casi diríamos como humildes violetas escondidas en la floresta, se le pasarán inadvertidas. Ya lo hicieron notar algunos autores con respecto a los poetas hebraicoespañoles medievales, que tan profusamente esmaltaron sus poesías con adornos escriturarios.

Por la abundancia misma de dichos elementos, que no sue-

len consignar o destacar de algún modo los editores de Bialik, o, a lo sumo, lo hacen de una manera muy limitada y superficial, pero que sería de gran utilidad poner de relieve y comentar en alguna "edición sabia", no hemos de aducir ejemplos; más bien invitamos a descubrir en cualquiera de los poemas esas preciosas margaritas que los embellecen y, lo que vale mucho más todavía, les dan vida y aliento en lo más profundo de su compleción. Bástenos señalar, como muestra, la composición que suele citarse como primicias de la musa bialikiana, 'El *ha-šippôr*, "Al pájaro", tan emotiva, que en sus 16 cuartetos, como en un espléndido tablero de ajedrez, despliega más referencias bíblicas que versos: no sería difícil entresacar un centenar, todas tan hábilmente engarzadas —ahí está el mérito—, con tal naturalidad y espontaneidad, que parecen fluir como agua fresca y cristalina de los hontanares del numen del poeta.

Como referencias bíblicas han de estimarse también las efusiones, que no dudamos en calificar de "místicas", o simples alusiones a la "tierra templada y hermosa", *Ereš Israel*, con sus montes y sus alcores, ríos y torrentes, valles y vergeles y su eterna primavera, que campean en tantas composiciones, como la citada "A la puerta" (La paloma plañidera...).

El *sábado* bíblico es la piedra angular en las instituciones cívico-religiosas de Israel, y quizá por eso mismo ningún poeta de este pueblo, después de Isaías (cfr 58¹³⁻¹⁴) ha ensalzado con tanto entusiasmo como el que estudiamos, el *ōneg šabbat*, "las delicias del sábado", *ha-šabbat ha-q'dōšā^h*, "el sábado sagrado", en frase del mismo, ni ha deplorado con tan dolorosos acentos la desgracia de no poderlo celebrar alegremente (cfr *'Immî y širatî*), ni se esforzó con tanto tesón por la rehabilitación de la fiesta sabatina, aureolada con místicos esplendores y alegrías de cortejo nupcial, en la *vita nuova* del flamante Estado de Israel.

Añadamos, finalmente, que el Quijote de Bialik —puntualicemos, el de su versión hebrea, compendiada y adaptada— no es solamente un Quijote hebreo o "hebraizado", sino que realmente nos es presentado como un *Quijote bíblico*. Desde el comienzo mismo: "*Iš hāyā^h b-'èreš la-Manša*" ("Hubo un hom-

bre en la tierra de la Mancha”) nos le pone en parangón con “el varón de la tierra de Hus”, y toda la traducción está sembrada no ya solamente de frases bíblicas, literalmente tomadas del texto escriturario, sino, lo que todavía es más significativo y cala más hondo en esa hebraización, de conceptos y sentimientos del más puro cuño hebraico o bíblico, sin temor a modificar con frecuencia o matizar a su manera, en sentido notoriamente distinto, el texto cervantino.

Un magnífico y provechoso ejercicio sobre conocimiento del A. T. y análisis de textos literarios sería el descubrimiento preciso y razonado de todas las alusiones bíblicas que resuenan en la lira y en la prosa de Bialik: equivaldría a una visión panorámica, movida, refulgente, “como centellas en cañaveral” (Sb 3⁷), del mundo incomparable de la Biblia. Permitásenos recordar que análogo era un ejercicio de Licenciatura que tiempo atrás existió en la Sección de Filología Semítica a base de autores castellanos.

Basten las precedentes anotaciones para resaltar la trascendencia de la inspiración bíblica en la obra de Bialik, que pone de manifiesto, asimismo, cómo la divina Escritura no solamente es una mina inexhausta para todos los poetas, escritores y artistas que a ella acudan en busca de luz, colorido y calor, sino que por su riqueza de valores y contenido despierta en cada uno facetas insospechadas en consonancia con su personalidad y rasgos peculiares. Lejos de ahogar o unificar bajo un módulo idéntico, vivifica y fecunda de múltiples maneras el numen creador. Sin la poderosa substancia bíblica las flores poéticas de Bialik perderían uno de sus más poderosos encantos y su más esplendente vitalidad. Es un factor de primer orden sobre el que la lente inquisitiva del lector debe proyectar en todo momento su atención, a fin de no perder los más valiosos quilates de esas joyas literarias.

Por otra parte, es de justicia reconocer a poetas de esta categoría y orientación, entre los cuales merecen un puesto de honor también tantos españoles, el mérito inestimable de ser verdaderos exegetas, en una forma especial, de alto rango y estética prestancia, del siempre inmarcesible y luminoso texto escriturario.

A modo de corolario del presente, breve estudio acerca de uno de los aspectos más destacables en la personalidad literaria de Hayyim Nahman Bialik, el de mayor alteza sin duda en la jerarquía de valores, queremos añadir una consideración final.

Todo estudio crítico acerca de un autor o de cualquiera de sus obras debe tender al mejor conocimiento del mismo, al esclarecimiento de las estructuras de sus escritos, procedimientos, métodos y medios de expresión de que se valió, así como de los elementos constitutivos y formales que integran esas creaciones. No han de ser tales lucubraciones simple divertimento del espíritu, mera curiosidad o devaneo literario.

A este propósito nos place transcribir el acertado juicio de aquel fino crítico, de vasta erudición y atildado estilo que fue don Juan Valera, cuyas *Disertaciones y juicios literarios*, harto poco leídos, por desgracia, si algo por ventura en nuestros días, contienen sabias enseñanzas que no han prescrito al cabo de los años, porque son casi siempre reflejo de la verdad siempre viva y esplendorosa. Dice así:

“En el arte de la pintura, una obra se percibe de una vez con todas sus múltiples y variadas bellezas, en todos sus pormenores y en su rico conjunto. Una obra literaria se va comprendiendo y percibiendo a trozos, y así, para abarcarla toda y hacerse cargo del conjunto, es menester el auxilio de la memoria y de la imaginación, y guardar en el alma los trozos fugitivos y los diversos pasajes, y reconstruirlos luego por un trabajo interior, a fin de ver mentalmente el todo. Lo que se afirma de una obra extensa, de un poema, de un drama, de una novela, bien puede afirmarse de un párrafo, de un período, de una oración la más sencilla” (*Ob. cit.* Madrid, 1878, pág. 101: “Sobre la ciencia del lenguaje”).

Estas consideraciones quisiéramos se tuvieran en cuenta al leer, meditar y analizar los poemas y demás obras de Bialik, a fin de captar y saborear mejor todos sus primores y la iluminación interior que prestan al *conjunto* y a cada una de sus partes, esos *trozos fugitivos*, que son en este caso perlas preciosas de luz inextinguible del tesoro bíblico.

Solamente así se podrá aquilatar y gustar el *maná* escon-

dido que hay en esas creaciones del más culminante poeta de Israel en los tiempos modernos, astro de primera magnitud, cuyos similares tal vez no se encuentren, en el mundo del hebraísmo, tras una búsqueda retrospectiva, hasta los siglos áureos —pues fueron dos— de la literatura hispanojudía medieval.

Ciertamente el aspecto que hemos estudiado es uno tan solo de los muchos que en él pueden contemplarse; pero hay que reconocer es el más sublime, y constituye la más noble ejecutoria, el más valioso, sugestivo y duradero de todos los prestigios que pueden aureolar a un vate hebreo o cristiano.

M. G. D.